

HIC GADIR URBS EST, DICTA TARTESSUS PRIUS: LA UBICACIÓN DE LA CIUDAD MÁS ANTIGUA DE OCCIDENTE (1920-1925)

Esta breve sentencia, recogida en el poema *Ora Marítima* de Rufo Festo Avieno, fue sin lugar a dudas la que puso en marcha la investigación de una de las parcelas más importantes y significativas de la protohistoria peninsular, que hoy denominamos cultura tartésica. Sin duda, la investigación sobre la cultura tartésica y el período de las colonizaciones ya había sido iniciado por Jorge Bonsor, como hemos visto. Pero fue sin embargo a partir de los años 20, en un período de entreguerras y de crisis de las democracias occidentales, y en un marco hiperdifusionista de la arqueología, cuando el estudio de la cultura tartésica, enfocada principalmente su investigación hacia el descubrimiento de una ciudad, adquirió una gran trascendencia no sólo en el mundo científico, sino en la opinión pública en general. Es por tanto a partir de estos momentos cuando realmente comienza a cristalizar, en relación al desarrollo del concepto de cultura arqueológica, la importancia de Tartessos en la protohistoria de Andalucía y por consiguiente se comenzará a hablar y definir la cultura tartésica.

Tartessos siempre fue un problema arduo de resolver y así ampliamente tratado por eruditos y anticuarios desde el siglo XVI al XVIII. Los geógrafos e historiadores greco-romanos nos legaron ya la transmisión del problema al mencionar la existencia de una ciudad en el litoral andaluz, vagamente identificada. Así pues, desde el Renacimiento y en épocas posteriores el problema de Tartessos fue para los anticuarios, geógrafos y topógrafos, el de la ubicación de la ciudad, al que se añadió, una segunda cuestión, intimamente unida a este asunto, el de la identificación de las Islas Cassitérides, puesto que la razón de ser de Tartessos estaba intimamente vinculada al comercio de los metales en la antigüedad. Con el desarrollo de la arqueología moderna y las nuevas técnicas de investigación, esto es, en el marco de una arqueología que participaba de una visión histórica del hombre, muy vinculada a las historias nacionales y en el que comenzaba a definirse el concepto de cultura arqueológica, pero sin perder aún del todo la visión filológica de la arqueología, este sugestivo problema, estuvo siempre orientado a la ubicación de la ciudad, cabeza de la primera civilización occidental.

Jorge Bonsor fue sin duda uno de los pioneros en la cuestión de Tartessos como es bien conocido, aunque la figura que indisolublemente se une a esta cuestión en nuestra historiografía, es la de Adolfo Schulten (1870-1960). El papel preponderante de Schulten en lo referente a Tartessos ha sido tan aplastante que la contribución de Bonsor en este sentido ha sido, aunque no obviada en círculos académicos, eclipsada, o mejor dicho mal conocida, y es lo que aquí nos proponemos esclarecer. Por este motivo, pues, no nos detendremos en la figura de Schulten y su pensamiento sobre Tartessos, cuestión que ha sido amplia y profundamente estudiada en líneas generales en varios trabajos, a los que remitimos ¹.

¹ Para las referencias sobre Tartessos del siglo XVI-XVIII véase Antonio BELTRÁN, 1969. Una visión de conjunto y evolución historiográfica en PELLICER, 1976 y más reciente y crítica OLMOS, 1991. Sobre el pensamiento de Schulten sobre Tartessos,

Sin embargo, la investigación sobre la ubicación de Tartessos, iniciada por Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera (1859-1950), fue desarrollada por Jorge Bonsor y Adolfo Schulten en un principio paralelamente, para trabajar después conjuntamente en los trabajos de campo para identificar la ciudad. Que la contribución real de Bonsor, como la de Blázquez, no sean muy conocidas hoy en día se debe en gran parte al mismo Schulten, que contribuyó a minusvalorar la aportación de ambos investigadores en beneficio suyo, como ha señalado, por ejemplo, Michael Blech². En cualquier caso, hoy en día sorprende que la contribución de Bonsor sea mal conocida. Ya Pellicer, que no parece tener un buen concepto de Bonsor como arqueólogo, subraya a pesar de todo que con Bonsor se inicia una nueva época en la investigación sobre la cultura tartésica, pero no por sus trabajos sobre Tartessos, sino desde una perspectiva actual, en la que resalta sus trabajos en Los Alcores, que ciertamente a la larga han sido fundamentales para el conocimiento de la protohistoria andaluza y su contribución en la definición de la cultura tartésica ha sido más práctica y de mayor alcance que la de Schulten. Pero, como decimos, resulta sorprendente que no se conozcan las obras de Bonsor sobre Tartessos. Siempre que se alude a este investigador se cita, y no siempre correctamente, su obra sobre el Coto de Doñana como la obra principal de éste, que hasta ha sido publicada en una edición facsímil, precedida de un comentario poco acertado³.

Veamos pues la contribución de Bonsor que, dicho sea de paso, estará ligada a la de su amigo el académico madrileño Antonio Blázquez, verdadero iniciador de la investigación sobre Tartessos en España, pues a él se debe la revitalización de la cuestión al confrontarla con el texto de la *Ora Maritima*. Y decimos revitalización pues el tema de Tartessos no había sido objeto de especial atención, tanto en la historiografía romántica, como por ejemplo en Modesto Lafuente, como en la postromántica, como ha querido ver Olmos⁴ en el académico Manuel Fernández y González, en la obra que constituía el segundo tomo de la *Historia de España*, dirigida por Antonio Cánovas del Castillo, que además no fue publicada, o en los *Estudios Ibéricos* de Joaquín Costa. La cuestión de Tartessos paradójicamente fue un tema tratado más por autores extranjeros, especialmente alemanes aunque también ingleses y franceses, y siempre desde un punto de vista filológico, disciplina en la que los investigadores españoles se encontraban en seria desventaja, respecto a sus colegas europeos.

En efecto, el problema secular de la ubicación de Tartessos, ciudad mencionada en varios textos, dará un nuevo giro con el redescubrimiento del texto de Rufo Festo Avieno, que será fundamental en la investigación, tanto de Blázquez y Bonsor como de Schulten y también de investigadores posteriores. El redescubrimiento del texto en España se debe por tanto a Antonio Blázquez y Delgado Aguilera⁵ (fig. n.º 99), quien publicó en 1909, *El Periplo de Himilco*⁶, año en que además fue nombrado académico de número de la Real Academia de la Historia, aunque realmente no fue muy conocido hasta años después, como advierte Bonsor⁷. Aunque

dentro de las corrientes historiográficas alemanas, el tema ha sido ampliamente tratado por CRUZ ANDREOTTI, 1987, 1991; CRUZ ANDREOTTI y SÁNCHEZ JIMÉNEZ, 1988; CRUZ ANDREOTTI y WULFF, 1993. Contribución importante en este sentido es la de BLECH, 1995, en la que se recoge también una sinopsis biográfica del arqueólogo alemán y toda la bibliografía sobre la misma, así como su formación e influencias.

² BLECH, 1995:187.

³ FERNÁNDEZ JURADO, 1989, reedición en *Clásicos de la Arqueología de Huelva*, 2. Diputación Provincial de Huelva.

⁴ OLMOS, 1991:135-136.

⁵ Antonio Blázquez y Delgado Aguilera (1859-1950), militar de profesión se dedicó principalmente a los estudios histórico-geográficos. A él se debe una de las primeras publicaciones sobre la descripción de Iberia de Estrabon y la de Al Idrisi (1901). Pero donde realmente destaca es con sus estudios sobre las vías romanas, publicando en 1892 un *Nuevo estudio sobre el Itinerario de Antonino* y otro sobre *La milla romana* (1896), que no son sino el ejemplo del carácter positivista y científico que prevalece en su tiempo en esta clase de estudios. Así dice el DUQUE DE ALBA (1950:294): *los testimonios que aporta modifican la general opinión respecto a la longitud de la milla romana, demostrando que, además de la de 1.481 metros, hubo otra de 1.666*. Sobre la figura de Blázquez y su producción bibliográfica veáse, la nota necrológica del DUQUE DE ALBA, 1950:293-304.

⁶ El título completo de la obra es: *El Periplo de Himilco (siglo VI antes de la Era Cristiana), según el poema de Rufo Festo Avieno, titulada Hora Maritima. Descripción de las costas portuguesas y españolas desde el Cabo de San Vicente hasta Gibraltar*, Madrid: s.l. Hasta entonces la versión de la *Ora Maritima* que gozaba de más autoridad en España, era la del también académico Miguel CORTÉS Y LÓPEZ, Obispo de Mallorca, publicada en su *Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua*, Madrid, 1835-1836.

⁷ BONSOR, 1921.

no específicamente en relación al tema de la ubicación de Tartessos, es preciso recordar que Blázquez, gran estudioso de la geografía antigua peninsular, había abordado la cuestión de la desembocadura del río Guadalquivir, en su artículo *Las costas de España en época romana*⁸. Sin embargo, Bonsor ya había estudiado el tema de la ubicación de Tartessos en *Les Colonies*⁹, siguiendo la descripción de Estrabón, tesis que inmediatamente fue reconsiderada, al señalarse la antigüedad del periplo en el texto de Avieno por parte de Blázquez, mientras que Schulten sólo inicia en 1910 sus estudios sobre Tartessos¹⁰.

Antes de proseguir queremos indicar las distintas obras que Bonsor dedicó al tema. Como hemos señalado Bonsor trató el tema por vez primera en *Les Colonies agricoles preromaines de la Vallée du Betis*¹¹. Muchos años más tarde publicó: *Tartessos*¹², *El coto de Doña Ana (una visita arqueológica)*¹³ y *Tartesse*¹⁴. Esta última obra, redactada en francés, es la misma versión, con algunas adiciones que no varían su discurso, que la publicada en el *Boletín de la Real Academia de Historia* en castellano, en 1921¹⁵. *Tartessos: excavaciones practicadas*



FIGURA 99.—Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera. *Apud*. Boletín de la Real Academia de la Historia.

en 1923 en el Cerro del Trigo, Término de Almonte (Huelva)¹⁶ y *From Tarshish to the Isles of Tin*¹⁷. No podemos olvidar que Bonsor llevo a cabo entre 1899 y 1902 la exploración de las Islas Scilly, en las que trató de encontrar pruebas, infructuosamente, con las que identificar éstas con las Cassitérides (ver capítulo 5) lo que le confiere el privilegio de ser el primero en querer encontrar pruebas materiales, es decir arqueológicas, que avalaran la ubicación transmitida por Estrabón, cuestión que abordará de nuevo en el último artículo citado.

A finales de siglo Bonsor expuso su primera interpretación de la ubicación de la ciudad de Tartessos, en la que ya percibió que la correcta ubicación topográfica pasaba por localizar el curso del brazo desaparecido del río Guadalquivir, que el consideró que sería el oriental y no el occidental, como años más tarde, y que trata de localizar por el estudio de la composición geológica del territorio. En cualquier caso, Bonsor fue el primer arqueólogo que recorrió esta comarca con un criterio arqueológico moderno y nos ofrece la primera interpretación topográfica, para lo que sigue la descripción de Estrabón de la región del antiguo Valle del Guadalquivir

⁸ BLÁZQUEZ, 1894.

⁹ BONSOR, 1997:10-12.

¹⁰ BLECH, 1995.

¹¹ BONSOR, 1899.

¹² BONSOR, 1921.

¹³ BONSOR, 1922a.

¹⁴ BONSOR, 1922b.

¹⁵ Los manuscritos originales de estas dos obras se encuentran depositados en el Archivo General de Andalucía, Legajo n.º 1, p. 9, 10, 11 y 12 y Legajo n.º 2 p. 1, 2, 3, y 4, respectivamente.

¹⁶ BONSOR, 1928a. El manuscrito original se encuentra también depositado en el Archivo General de Andalucía, Legajo n.º 1, p. 8.

¹⁷ BONSOR, 1928b.

(fig. n.º 100). Para la identificación histórica de un ciudad llamada Tartessos Bonsor, sigue a George Rawlinson en su *History of Phoenicia*¹⁸, que además la identifica con la Tarshish bíblica. Esta concepción es importante pues Bonsor siempre mantendrá, como veremos, que Tartessos fue la primera ciudad fenicia fundada en España por los tirios, pero que además, de acuerdo con Rawlinson, es el nombre de un río y de una región, esto es, el Bajo Guadalquivir. Este primer emporio comercial fue el responsable de la iniciación de la civilización y el progreso, llevando a cabo una colonización, sobre los pueblos indígenas existentes que se iniciaron así en la cultura oriental, considerada el modelo de la civilización y el progreso frente a la bárbara Europa. Es decir, Bonsor participa del modelo histórico del orientalismo, para explicar el desarrollo cultural de Europa, así como el difusionismo. Ya hemos visto más detenidamente esta cuestión en otro capítulo, pero recordaremos, que la presencia de los fenicios y cartagineses en España era indudable, y que Bonsor señaló la colonización del Valle del Guadalquivir, que fue decisiva en la conformación del carácter de los pueblos indígenas, en este caso los turdetanos, raigambre cultural aún latente en la época romana. Bajo este esquema histórico Bonsor clasificó lo materiales que le proporcionaba el registro arqueológico. Es, por tanto, una visión histórica y étnica de la arqueología, en la que se trata de atribuir determinados conjuntos de materiales a pueblos concretos. Esta visión se mantendrá y se irá perfilando con la investigación sobre Tartessos, que no se limita más que a tratar de descubrir una ciudad, la ciudad más antigua de Occidente, clave para el desarrollo cultural de esta región, es decir, de Andalucía. Pero Bonsor desde los comienzos de la investigación de esta región concreta del Bajo Guadalquivir, insiste, no sólo en la semitización de estas poblaciones indígenas, sino también en la celtización, sobre la que insistió mucho en años posteriores, subrayando así una clara occidentalización o europeización de los pueblos de esta región, en definitiva de Andalucía.

Reproducimos a continuación el texto de esta primera visión que nos será útil para contrastarla con la de estos años:

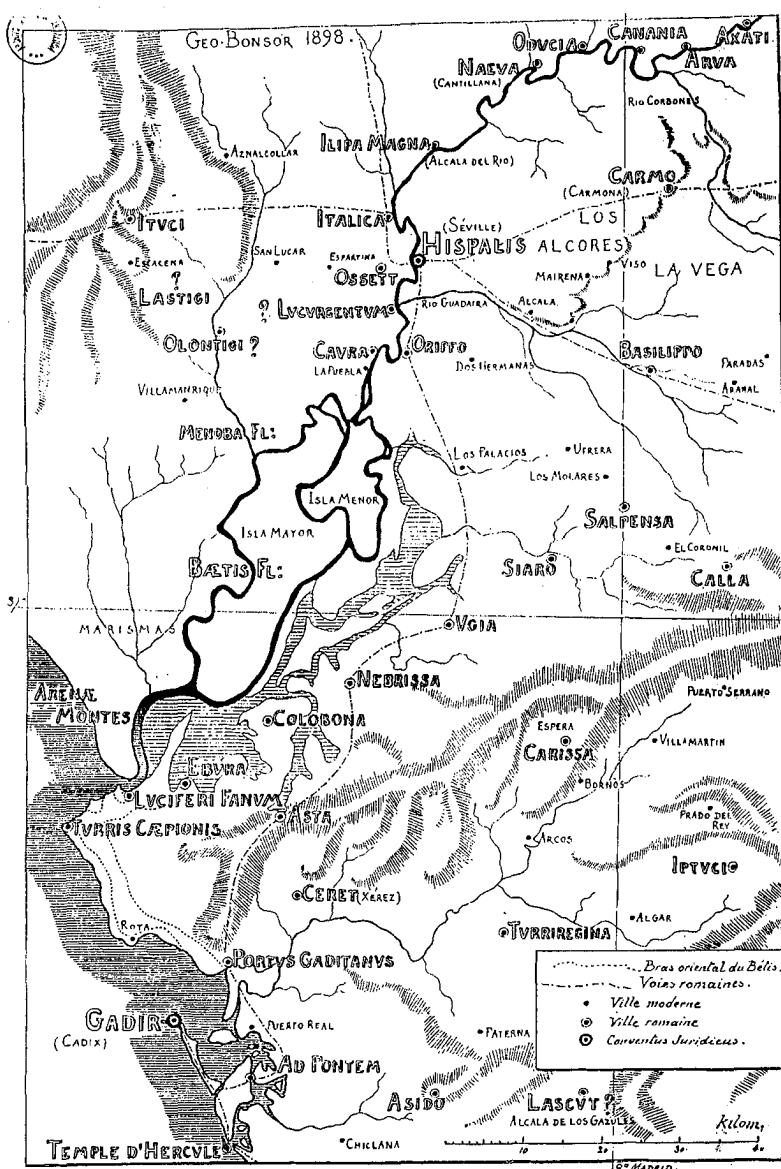


FIGURA 100.—Mapa del Valle del Guadalquivir en la Antigüedad. Jorge Bonsor, 1899.

¹⁸ RAWLINSON, 1889.

Estrabón asegura que una de las dos bocas por las que el Guadalquivir vierte sus aguas al mar se encontraba inmediatamente después del Puerto de Menesteo y era, por ese brazo —hoy día desaparecido— por el que los antiguos navíos remontaban el río hacia los estuarios de Asta y Nabrisa. Según Marciano de Heraclea estos estuarios se encontraban a 210 estadios, es decir, a unos 40 km. del Puerto de Menesteo.

El examen de una carta geológica nos permitirá juzgar la distribución de las superficies terrestres que estuvieron primitivamente recubiertas de agua dado que hoy aparecen indicadas como territorios de aluvión. Las parcelas pliocénicas que son detectables de trecho en trecho a lo largo de la costa, entre estos terrenos de aluvión, serían probablemente las primitivas islas.

Descendiendo de Asta en dirección hacia el Océano, el brazo oriental del Betis debía pasar a pocos kilómetros al Sur de Sanlúcar, después giraría hacia la izquierda en dirección a Rota y al Puerto de Santa María, recorriendo previsiblemente un trayecto paralelo a la costa, encajonado entre dos orillas de terrenos terciarios: del Mioceno a la izquierda y del Plioceno a la derecha. La extensión que quedaba entre el río y el Océano era, por consiguiente, una isla: era una estrecha lengua de tierra de una formación geológica análoga a la isla de Cádiz.

Como indica Estrabón esta isla, situada entre los dos brazos por los que desemboca el Betis, se extendía frente a la costa a lo largo de una centena de estadios, es decir, equivalente a los 19 km. que hoy separan la punta de Rota de la de Chipiona. En fin, sabemos que en Rota profetizaba el oráculo de Menesteo. Conocemos además otro dato: cerca de Chipiona, como aún el nombre parece indicarlo, se levantaba la torre o faro de Caepion.

Hacia la mitad de esta isla, formada por los brazos del Betis, había una ciudad llamada Tartessos, que desde el tiempo de los fenicios, habría dado su nombre a la isla, al río, e, incluso, a toda la región. La existencia de una ciudad con el nombre de Tartessos la confirman Simnos de Quíos, Estrabón, Mela, Plinio, Festo Avieno y Pausanias. Según Simnos de Quíos Tartessos y Gadir existían en su época.

Habría pues que buscar las pruebas de su emplazamiento de la primitiva colonia sidonia —Tarshish en la Biblia— entre Rota y Chipiona, sobre el mismo borde del mar o, aún más probablemente, sobre la parte opuesta de la isla bañada por el primitivo brazo del río. He visitado en repetidas veces estos parajes, mas están de tal manera invadidos por la arena del mar que no sería posible proseguir las investigaciones sino por medio de excavaciones profundas y costosas¹⁹.

Las excavaciones llevadas a cabo por Bonsor en Los Alcores entre 1900 y 1911, que nunca fueron publicadas, salvo aspectos puntuales o parciales, confirmaron aún más este esquema, excavaciones por las que pudo describir aún con más detalle los pueblos indígenas previos a la colonización y los que recibieron en definitiva sus efectos. Es decir, Bonsor siempre valoró el componente indígena, el cual además lo identifica materialmente. Debemos señalar asimismo que Bonsor siempre tuvo la convicción de que no se podía designar con nombres de pueblos históricos a etapas culturales más antiguas, esto es prehistóricas, como, por ejemplo, hacía Manuel Gómez Moreno, al calificar de tartésica la necrópolis megalítica de Antequera.

En 1909 apareció, como hemos dicho, *El Periplo de Himilco*, de Antonio Blázquez. Este, pues, fue el primero en transmitir en España, que el autor de la *Ora Maritima*, había utilizado para la descripción del litoral peninsular fuentes más antiguas, pero especialmente el periplo de un almirante cartaginés del siglo VI a.c., llamado Himilco. Idea que no es original de Blázquez, sino que ya había sido expuesta por varios comentaristas e intérpretes de la obra del tardío poeta latino. Según Schulten, el primer autor que vio oculto en Avieno un autor antiguo fue el danés G. Schöning en 1791. Lelewel, un autor polaco, es sin embargo el primero en señalar que esta antigua fuente era el periplo realizado por Himilco. Movers en *Die Phönizer* (1841-1856), supuso también que el periplo era de Himilco, aunque negaba la existencia de una ciudad llamada Tartessos²⁰. En 1870 apareció la obra de Karl Müllenhof. Este autor supuso que el autor del periplo fuese Himilco, y que el relato de Himilco había sido traducido por un autor marsellés. A Müllenhof se debe la situación por vez primera de Oestrinmida en Bretaña, y que es desde esta región desde donde comienza el periplo, aunque, de acuerdo con Movers,

¹⁹ BONSOR, 1997:10.

²⁰ SCHULTEN, 1955:56-57.

niega la existencia de la ciudad de Tartessos. Esta obra será de gran importancia, puesto que Schulten la consideró la mejor interpretación de Avieno²¹, hasta la aparición de la suya, y es la que sigue Blázquez en la atribución de la fuente antigua contenida en Avieno a Himilco, aunque el académico madrileño no está de acuerdo con Müllenhof, en que la descripción del periplo comenzara en Bretaña.

Ricardo Olmos al valorar la obra de Blázquez señala que en ésta introduce el concepto de tiempo presente en las unidades de distancia del poema, para determinar la situación de los lugares mencionados en el periplo y que asimismo se concede un gran valor a las etimologías como recurso en la interpretación topográfica²². Blázquez, por otra parte, señaló que la descripción del litoral del periplo comenzaba en el Cabo San Vicente y, como Bonsor había planteado, de acuerdo con Rawlinson, admite la existencia de dos emplazamientos de Gadir, según el siguiente razonamiento:

La Cádiz que Avieno cita fue la que antes se llamó Tartessos y que estaba entre los brazos del Guadalquivir; no pudo ser la actual Cádiz, pues el terreno o isla en que se asienta nunca estuvo entre los brazos del Betis o Tartessos. Esto es indudable. Pero también lo es que la Cádiz que existía en la época de Estrabón, Mela, Plinio y Ptolomeo estaba en donde hoy se encuentra Cádiz, y esto nos lo indica que hubo un traslado, un cambio de residencia, efectuado entre el final de la dominación cartaginesa y la época de apogeo de Roma²³.

Tras el examen minucioso del texto, confrontado con mapas y cartas náuticas de la región descrita por el Periplo, Blázquez concluye, que la ciudad de Tartessos, *estuvo entre el Río Oro y el Guadalquivir actual*²⁴.

Pero hemos de indicar que el estudio de Blázquez no fue definitivo para que se revitalizase la investigación arqueológica sobre Tartessos, sino que es una contribución que fue retomada y actualizada por Bonsor años más tarde.

Adolfo Schulten comenzó a interesarse por Tartessos en 1910, como indica en distintos lugares²⁵, investigación que fue promovida por el Kaiser Guillermo II, personaje altamente influyente en Schulten, quien le financiaba sus investigaciones en España²⁶, y como hombre profundamente religioso, quiso conocer la ubicación de la Tarshish bíblica. Este interés por Tartessos le llevó a entrar en contacto con Bonsor, que era la máxima autoridad en la arqueología prerromana de Andalucía Occidental. En efecto, esta relación comenzó en realidad unos años antes, en 1906, en el que Schulten, aún profesor en Göttingen, envía una carta de presentación a Bonsor, solicitando entrar en contacto con el arqueólogo anglofrancés²⁷. Schulten que era consciente de la autoridad científica de Bonsor es muy posible que conociera la obra del arqueólogo anglofrancés, que había sido difundida en los círculos arqueológicos de Alemania por el prof. Reinecke. En cualquier caso desconocemos los resultados de este primer contacto. Es indudable que Schulten conocía también la obra de Antonio Blázquez, y que entonces concibiera una visita al lugar planteado por éste, esto es, al Coto de Doñana, ya en 1910, aunque Schulten todavía no había estudiado aún en profundidad el texto de Avieno. Pero precisamente sabemos que fue Bonsor quién le planteó a Schulten una excursión arqueológica para la búsqueda de Tartessos²⁸, sobre la que Schulten ya tiene una idea sobre su situación, de acuerdo con el testimonio de Estrabón²⁹: *Debe estar situada bajo las dunas de Torre Carbonera al Este de la antigua desembocadura Oeste del Betis*³⁰. Schulten, en un tono arrogante propio de su carácter, indica a Bonsor que se ocupe de organizar la investigación, a lo que Bonsor decli-

²¹ SCHULTEN, 1955:57-58.

²² OLMOS, 1991:136.

²³ BLÁZQUEZ, 1909:28.

²⁴ BLÁZQUEZ, 1909:33.

²⁵ SCHULTEN, 1924:171 y 1945:261.

²⁶ BLECH, 1995:183.

²⁷ Carta de Adolf Schulten a Bonsor, Alcántara, 13-7-1906. MAIER, 1998:162, vol. II.

²⁸ Carta de Adolf Schulten a Bonsor, Renieblas (Soria), 22-8-1910. MAIER, 1998:211, vol. II.

²⁹ SCHULTEN, 1924:171.

³⁰ Carta de Adolf Schulten a Bonsor, Renieblas (Soria), 22-8-1910. MAIER, 1998:211, vol. II.

na por encontrarse en plena campaña de excavación en la necrópolis romana de la Cañada Honda, en Gandul, no sin insistencia de Schulten³¹. Pero Bonsor no solo tenía razones profesionales para no acceder a la colaboración con Schulten, sino también políticas, como le transmite a Huntington, pocos días antes de la llegada de Schulten a Mairena: [...] y ahora estoy esperando la visita de Adolf Schulten, el descubridor de Numancia, después de reconocer que Andalucía “est mon domaine archeologique”. Se ofrece a explorar conmigo el yacimiento del misterioso Tartessos, la Tarshish de las escrituras, que muy probablemente estuviese situado en la costa, entre Sánlúcar de Barrameda y Huelva, en las dunas de Arenas Gordas, cerca de un pequeño pueblo de pescadores llamado Torre Carboneros.

Schulten es doctor en la Universidad de Erlangen. El Kaiser paga todos sus gastos de viajes y excavaciones. Yo me tendré que sufragar mis propios gastos y bajo tales condiciones dudo aceptar su proposición de trabajar, “pour ainsi dire... pour le Roi de Prusse”, y más adelante sobre el interés de Schulten por Tartessos: La profunda religiosidad del Kaiser le condujo a investigar sobre la Tarshish bíblica³². Escasos días después de esta última carta, a finales de septiembre de 1910, Schulten visita a Bonsor en Mairena del Alcor, para encaminarse, en solitario, tras la entrevista, a Torre Carbonera, e inspeccionar el terreno fugazmente (prácticamente en un día), y a su regreso comunica a Bonsor que no ha observado el menor vestigio de la ciudad, señalando de paso la invalidez del libro de Blázquez³³. No es necesario insistir, después de la lectura de estas cartas, de la arrogancia de Schulten y de su poco tacto al despreciar la obra de Blázquez.

No es sino entre 1913-1916 cuando Schulten comienza a estudiar en profundidad el texto de Avieno y confrontarlo con mapas y cartas náuticas³⁴. Bonsor, por su parte, ocupado en sus investigaciones en Los Alcores y en el acondicionamiento del Castillo de Mairena del Alcor y, posteriormente, la Primera Guerra Mundial, e inmediatamente la excavación de Bolonia, no retomó de nuevo la cuestión sobre Tartessos hasta 1920, en el mismo año en que lo hace Schulten³⁵.

Los trabajos sobre topografía antigua en el Estrecho gaditano, reactivaron el interés sobre la ubicación de Tartessos, aunque también le espoleara, como hemos podido comprobar, la rivalidad científica, antigua por otra parte entre investigadores alemanes y franceses, que se recrudeció a raíz del enfrentamiento bélico, ya que Bonsor tenía conocimiento de que Schulten, como él, había iniciado el reconocimiento del terreno en el Coto de Doñana en 1920. Las relaciones entre Schulten y Bonsor en cierto modo tensas, no son sino reflejo de esta rivalidad científica, y desde su primer encuentro, no debió de forjarse Bonsor una buena opinión, en el plano personal, sobre el arqueólogo alemán. Simpatías que tampoco cosechaba Schulten en general entre ciertos arqueólogos e investigadores españoles, circunstancia de la que eran conscientes también las autoridades científicas en Alemania, como ha señalado Blech³⁶ apoyándose en un informe del presidente del Instituto Arqueológico Alemán. Esta circunstancia queda patente, por ejemplo, en la carta que Gestoso le escribe a Bonsor en la que afirma: *Supongo habrá recibido el ejemplar que le envié del sustancioso librito «El solar numantino» a cuyo autor lo pedí para usted, seguro de que verá con gusto la paliza que dá al Dr. Schulten. ¡Vaya un caballero!*³⁷. Igualmente significativa es la nota enviada por José Ramón Mélida, entonces director del Museo Arqueológico Nacional, que siempre apoyó a Bonsor, con el que mantenía una an-

³¹ Carta de Adolf Schulten a Bonsor, Renieblas, 10-9-1910. MAIER, 1998:212, vol. II.

³² Carta de Bonsor a Huntington, 12-9-1910. MAIER, 1998:440, vol. II.

³³ Carta de Adolf Schulten a Bonsor, Sevilla, 30-9-1910. MAIER: 1998:213, vol. II. La fecha exacta de esta visita es el 26 de septiembre de 1910, según consta en el Diario de excavaciones, *Fouilles archeologiques des Alcores, 1908-1912*, pp. 116-117, en el que anota: *Schulten visitó las excavaciones conmigo; volvimos al Castillo a mediodía para almorzar. Por la tarde fuimos a ver la Tablada de Viso del Alcor, emplazamiento de ciudad celtopúnica que no fue ocupada por los romanos. Hallamos por el suelo numerosas asas de ánforas púnicas, fragmentos pintados de líneas y de zonas coloreadas; recogí una pequeña espiral de bronce de características muy célticas.*

³⁴ SCHULTEN, 1955:62-63.

³⁵ Así describe Schulten estas visitas: *En 1920 volví por segunda vez al Coto y visité, acompañado por don Luis Claus, de Huelva, la costa entre Huelva y Río de Oro (aproximadamente a 25 kilómetros al Sudeste de Huelva), con objeto de averiguar si no sería éste el brazo septentrional. También esto resultó equivocado. Por tercera vez, el año 1921, acompañado por el general Lammerer, fui en la canoa automóvil del puerto de Sevilla hasta Caño de Brenes, para determinar si éste era el brazo septentrional, lo que fue igualmente inútil.* SCHULTEN, 1945:261.

³⁶ BLECH, 1995:181-182.

³⁷ Carta de José Gestoso a Bonsor, Sevilla, 20-3-1915. MAIER, 1998:248, vol. II.

tigua amistad y tenía en mayor consideración, una vez publicados los trabajos de éste sobre Tartessos y antes de la excavación del Cerro del Trigo: *Envié a usted mi ejemplar del Tartessos de Schulten (que puede tener todo el tiempo que quiera) para que usted vea el emplazamiento que dá. Pero además de que no hay que fiarse mucho de él, es seguro que usted tendrá razón pues ha hecho estudios más detenidos sobre el terreno*³⁸.

Bonsor seguirá varios aspectos de la interpretación del *Periplo* de Blázquez, tanto en la atribución del poema a Himilco, como en lo referente a considerar que el periplo comienza en el Cabo de San Vicente. Bonsor y Blázquez mantenían una estrecha amistad desde hacía años, y recordamos que éste último había vendido a Bonsor el Castillo de Mairena del Alcor, aunque también porque Bonsor había dedicado importantes estudios a la geografía antigua del Bajo Guadalquivir, que aún no habían sido publicados en su totalidad. En efecto, así Bonsor dice que: *la idea de esta exploración arqueológica de la costa, se la debo a mi amigo el académico madrileño D. Antonio Blázquez, que se ha dedicado con preferencia al estudio de la geografía histórica de España*³⁹, y cuyo resultado fue el *Tartessos*, en sus dos versiones, castellana y francesa antes referidos.

Así Bonsor llevará a cabo la prospección del litoral que Blázquez sólo había estudiado por cartas náuticas y mapas de la región, material cartográfico que no era de excesiva calidad. Era pues mucho más seguro el reconocimiento directo del terreno, cuestión en la que Bonsor estaba muy experimentado, como sabemos, para identificar el brazo desaparecido del Guadalquivir, en la zona que había deducido Blázquez se debería encontrar éste, tras su confrontación del texto y de la cartografía náutica y terrestre, y de aquí deducir la supuesta ubicación de la ciudad. En definitiva es el mismo planteamiento que ya hizo en 1899, pero esta vez utilizando la descripción de las costas del *Periplo*.

En la primera parte de su trabajo que es la dedicada a la identificación de los accidentes geográficos contenidos en el *Periplo* con su correspondencia actual, Bonsor se basa en el criterio de que las costas habían sufrido pocas transformaciones desde la época romana, como había podido comprobar en su estudio sobre las ciudades del Estrecho entre Cádiz y Gibraltar durante la campaña de Bolonia⁴⁰, y que los accidentes geográficos mencionados por Estrabón serían los mismos, pero con distinta denominación, que los del *Periplo*. Acepta también que la descripción de las costas del *Periplo* arrancan desde el Cabo de San Vicente que queda identificado con la *Oestrymnis*. Sin embargo, es a partir del río Guadiana desde donde realiza sus comentarios personales (pero no reconoce el terreno), sobre el texto de Avieno⁴¹, compulsando los datos geográficos. La segunda parte de este primer trabajo se refiere a la localización de la ciudad, para lo que recorrió físicamente el paraje conocido como la Playa de Castilla, en el verano de 1920. En este recorrido, ayudado por los Carabineros de Huelva e instalándose en la comunidad de bañistas que se congregaba en Matalascañas, de la que realiza un pintoresca descripción, identificó el lugar llamado *La Entrevista*, como el lugar por el que desembocaba el brazo desaparecido del Guadalquivir y posteriormente reconocer el terreno para indicar la dirección del curso del río que vendría marcado por una serie de lagunas próximas a este, como son el *Charco del Toro*, *Laguna de Santa Olalla*, *La Dulce* y *El Sopotón* y desde aquí dice que *el brazo bordeaba la orilla de la isla a mano derecha, en una distancia de cinco kilómetros próximamente; después torcía bruscamente hacia el Este, donde recibía, por la orilla derecha las aguas del Rocio, del Guadiamamr y del Caño Travieso; desde allí continuaba en dirección Nordeste hacia el brazo de la Torre, por el cual las embarcaciones podían subir el río, reuniéndose al otro brazo —el principal en todas la épocas— en la extremidad Norte del la Isla Menor*⁴² (fig. n.º 101).

En este primer reconocimiento también menciona una serie de alturas, entre las que se encuentra el Cerro del Trigo, que interpreta como puestos de vigía de la ciudad (ver fig. n.º 101). Bonsor intentó hacer algunas excavaciones en el lugar que dedujo se debería encontrar la ciu-

³⁸ Carta de José Ramón Mélida a Bonsor, Madrid, 23-1-1923. MAIER, 1998:280, vol. II.

³⁹ BONSOR, 1921:517.

⁴⁰ BONSOR, 1918c.

⁴¹ Bonsor utiliza la traducción francesa de Depris N. SARIOT, 1843.

⁴² BONSOR, 1921:218.

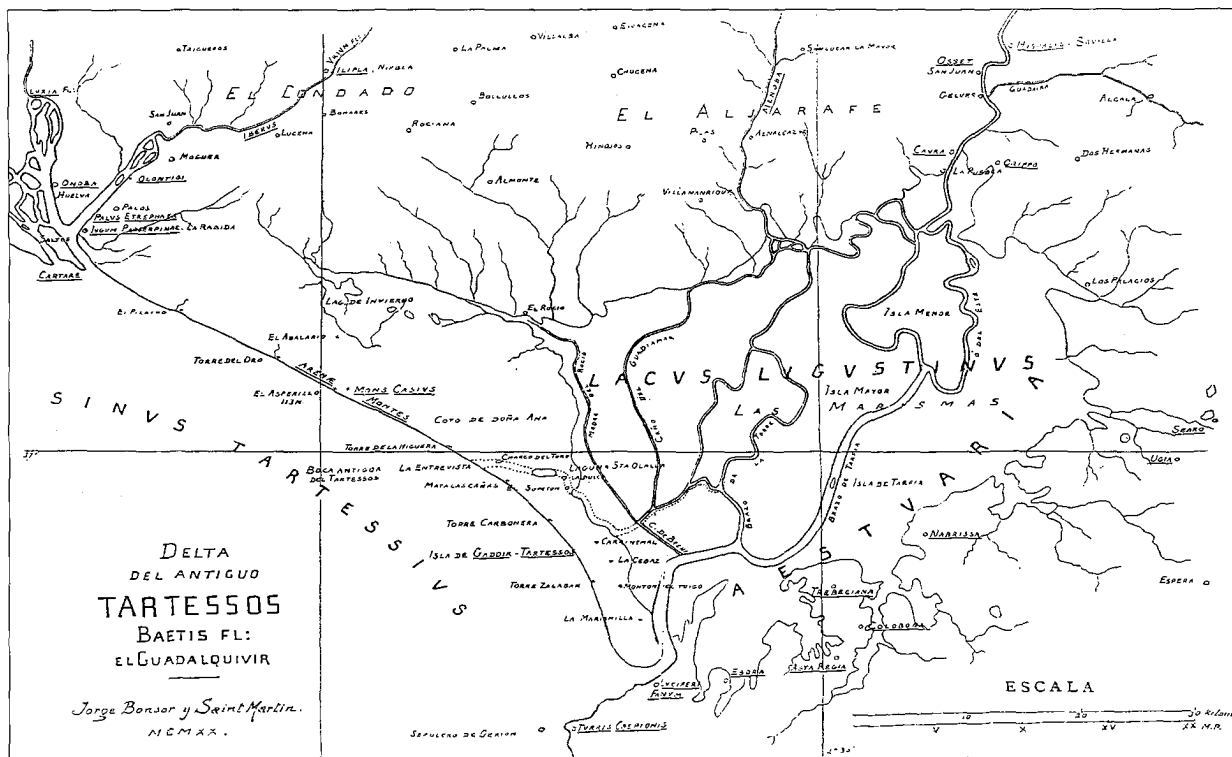


FIGURA 101.—Primera hipótesis de la desembocadura del río Guadalquivir. Jorge Bonsor, 1920.

dad, entre la laguna El Sopotón y la altura de Carrinchal, aunque no obtuvo el permiso necesario para ello.

Sin embargo, manifiesta cierto escepticismo sobre la posibilidad de localizar la ciudad en estos parajes: *donde no se ve hoy población alguna ni siquiera aldea, sino solamente algunos grupos diseminados de chozas que sirven de refugio a los ganaderos.*

Bonsor realizó una segunda visita en agosto de 1921 al Coto de Doñana. En esta ocasión contó con el total apoyo de la Real Academia de la Historia. En efecto, la primera parte de su memoria sobre Tartessos fue leída ante la Academia por José Ramón Mélida, interesándose vivamente por la investigación el Marqués de Cerralbo, quien intercedió ante el Duque de Tarifa, propietario entonces del Coto de Doñana, para que ofreciera todas las facilidades posibles a la investigación de Bonsor, como así fue. Es muy posible que este apoyo de la Academia, de la que como sabemos era Bonsor correspondiente en Carmona, fuera para contrarrestar las investigaciones de Schulten, financiadas por el Kaiser Guillermo II, además de que no gozaba de una aceptación general en la Academia de la Historia, aunque sí se reconocía su competencia científica, en el contexto del miedo al extranjero, es decir al imperialismo científico, como ya lo había demostrado el Marqués de Cerralbo, en la cuestión de Breuil y Cabré en relación al arte rupestre. Resultaría un desprestigio para la arqueología española que, según el criterio de la época, una ciudad tan significativa para la historia antigua del país fuera un descubrimiento exclusivo de un arqueólogo alemán. Jorge Bonsor era por su dedicación a la arqueología española y su gran conocimiento de la arqueología de la zona la persona indicada para este cometido⁴³.

⁴³ MAÑAS MARTÍNEZ (1983), que ha estudiado en profundidad la figura de Eduardo Saavedra (1829-1912), señala que Schulten fue presentado a la Academia de la Historia en 1905, por Saavedra, a raíz de sus trabajos en Numancia, que el ingeniero y humanista había identificado con el Cerro de Garray en 1861. Sin embargo, Schulten se atribuyó el mérito de haber sido el descubridor de la ciudad ibérica, cuestión que Mañas atribuye a un malentendido. El caso es que esta circunstancia le hicieron a Schulten algo impopular en el seno de la Academia. Según MAÑAS, 1983:295: *La impopularidad creció de punto cuando al terminar la campaña de excavaciones de 1905 empaquetó todos los objetos desenterrados y se los llevó a Alemania consigo para estudiarlos.* No es, pues de extrañar que quedaran ciertos resquemores hacia la persona de Schulten entre los académicos madrileños, una vez que Saavedra, su principal defensor, pese a todo, hubiera fallecido.

como Schulten, quisieron ver erróneamente en el hallazgo de un anillo de cobre, que presentaba en el interior y en el exterior una inscripción, según ellos en caracteres ibéricos, que confirmaba la ocupación anterior que buscaban ⁴⁷. En cualquier caso, Bonsor, con gran espíritu científico dice: *si no hemos descubierto el sitio que ocupó Tarteso, nos queda la satisfacción de haber indicado sobre el mapa los numerosos puntos excavados, donde con toda seguridad se sabe que no está...* ⁴⁸.

No poseemos ningún elemento de juicio que nos permita establecer por qué Bonsor decide realizar las excavaciones en el Coto de Doñana junto a Schulten. Creemos que la situación descrita anteriormente en que ambos arqueólogos llevan a cabo individualmente sus investigaciones sobre el terreno responden a una rivalidad manifiesta respecto a las mismas, en las que incluso veladamente se involucran las instituciones mencionadas. Pero también Schulten gozaba de una credibilidad científica por sus investigaciones en Numancia y por sus estudios de recolección y crítica de las fuentes sobre la Península Ibérica, y el apoyo recibido, por los sectores germanófilos del país, como por ejemplo Ortega y Gasset, formado en el neokantismo y más directamente por Pedro Bosch Gimpera de vocación filológica y formado por Ulrich von Wilamowitz-Möellendorf (1848-1931), quien le sugirió a este último dedicase sus estudios a la arqueología peninsular ⁴⁹, y que fue además director de tesis de Schulten ⁵⁰. Schulten también afirma que poseía permiso del Duque de Tarifa, al que incluso dedica la primera edición del *Tartessos*, y tenía varios apoyos como hemos visto, que debieron de presionar y alcanzar así un consenso, en esta delicada situación.

El tema de Tartessos adquirió una inmensa popularidad, no sólo en los medios académicos, sino entre los intelectuales y en general entre el gran público. Así por ejemplo lo afirma Bonsor: *El interés que ha despertado en España (y en todas partes) estos trabajos del Coto hace que reciba de entusiastas amigos, arqueólogos o ingenieros, atinados consejos para proseguir en la empresa, indicándonos cómo habrá que buscar, debajo del agua, los vestigios haya de la antiquísima población* ⁵¹. La arqueología vivió en estos momentos una gran aceptación pública, no sólo en España, sino en Europa, en esta segunda década del siglo XX, los *happy twenties*, por el hallazgo sensacional que conmocionó al mundo, la tumba de Tutankhamon, en 1922. Es en este momento cuando aparece la primera edición del *Tartessos* de Schulten ⁵², obra acogida por la *Revista de Occidente*, y apoyada personalmente por José Ortega y Gasset (1883-1955), comentada y divulgada en varios artículos en el periódico *El Sol*, que fueron reunidos en *Las Atlántidas y del Imperio Romano* ⁵³. Por otra parte, el pensamiento de Schulten sobre Tartessos, preñado de imaginación y fantasía, no es del todo disparatado en el contexto de su época, marcada por las tesis hiperdifusionistas, cuyo máximo representante fue Grafton Elliot Smith (1871-1937). Creo que aquí radica una interesante vía de investigación. La Primera Guerra Mundial fue un conflicto armado a una escala internacional sin precedentes en Europa. Este hecho tuvo su reflejo en la investigación arqueológica en dos direcciones. Por una parte en la aceptación de las teorías hiperdifusionistas en las que las culturas arqueológicas no eran vistas aisladamente sino en un marco amplio de relaciones internacionales y por lo tanto sujetas a todo tipo de influencias. Por otra parte, el desencanto de la guerra produjo una toma de conciencia de la grandeza de las civilizaciones antiguas, de mundos desconocidos y misteriosos idealizados, de que cualquier tiempo pasado fue mejor, ante la realidad de la crisis social, económica y política que vivía Europa.

El pensamiento de Bonsor sobre Tartessos, no fue tan conocido ni alcanzó la influencia que el de Schulten, quizá debido a la dispersión de su obra y la publicación de sus trabajos en revistas científicas pero, sin embargo, a nuestro modo de ver, hoy por hoy, es sin lugar a duda de más relevancia que el de Schulten.

⁴⁷ BONSOR, 1928a:18.

⁴⁸ BONSOR, 1928a:28.

⁴⁹ CORTADELLA, 1991:162.

⁵⁰ BLECH, 1995:184.

⁵¹ BONSOR, 1928a:20, nota 2.

⁵² SCHULTEN, 1924.

⁵³ ORTEGA Y GASSET, 1924.

Para Bonsor, el tema de Tartessos, no es sino la maduración de su investigación sobre la protohistoria de Andalucía Occidental, con la aportación de datos nuevos, sobre todo en lo referente a la geografía antigua del litoral, que enriquece su discurso histórico, apoyado en fuentes documentales y el registro arqueológico. Bonsor partía de una investigación arqueológica previa, lo cual supuso cierta objetividad al discurso histórico planteado. Aquí es donde radica la diferencia fundamental respecto a Schulten que nunca aportó argumentos arqueológicos a su discurso.

La interpretación del nuevo texto introduce ciertas variaciones en el pensamiento expuesto en 1899. Bonsor siguiendo el testimonio del Periplo identifica Tartessos con Gadir: [...] *hubo sobre la costa meridional dos ciudades llamadas Gadir: la Tartessos Gadir, en el delta del Guadalquivir y la Gadir cartaginesa, la Gades de los romanos, la actual ciudad de Cádiz*⁵⁴. Sobre esta Gadir cartaginesa Bonsor continúa sosteniendo que estuvo en un primer momento situada en el extremo occidental de la Isla de Erythea que identifica con la Isla de San Fernando o de León y abandonada en favor de la Cádiz actual, en una fecha próxima y posterior al Periplo, es decir, alrededor del siglo VI a.c. La Tartessos-Gadir sería la Tarshish bíblica, la primera fundación de los fenicios de Tiro en España. Esta primera ciudad, situada en el delta del Guadalquivir, fue fundada en el 1.100 a.c., en plena Edad del Bronce. Con la caída de Tiro bajo la dominación Asiria, la ciudad cayó bajo el dominio de los indígenas, según los datos que proporcionaba Justino, indígenas que se habían iniciado en la cultura oriental por la acción comercial de la ciudad en la región y de la presencia de colonos en el Valle del Guadalquivir. Es importante señalar que para Bonsor la presencia fenicia pura (como la griega) se restringe a ciudades costeras, mientras que en el interior convivirían los indígenas y colonos establecidos por los fenicios, pero de origen africano. Es en esta época de dominio indígena, el momento de mayor esplendor de Tartessos y cuando se produce la llegada de los griegos, primero samios y luego foceos, a la región, hacia el siglo VII a.c. Esta presencia griega fue la que, según Bonsor, provocó la intervención cartaginesa, que reconquistan las antiguas colonias fenicias a comienzos del siglo VI a.c., coincidiendo con la destrucción de Tiro por Nabucodonosor, y destruyen la Tartessos-Gadir, en manos de los iberos-tartesios. Es ahora también cuando los cartagineses fundan la nueva Gadir en el emplazamiento actual de la ciudad de Cádiz, cuestión que queda confirmada por el hallazgo del sarcófago de Punta de Vaca que, según los historiadores del arte Perrot y Chipiez, ninguno de este tipo de sarcófagos son anteriores al siglo VI a.c., fecha en la que también sitúa la invasión céltica del Valle. Los tartesios derrotados por los cartagineses se ven obligados a emigrar: al Oeste, al Algarve portugués, al Norte al Valle del Ebro, pero la mayor parte emigran al litoral mediterráneo, donde fundan Sagunto, de acuerdo con la tesis de Joaquín Costa⁵⁵, hecho por el que justifica la gran expansión de la cultura tartésica. Los celtas, por su parte, se vieron obligados a establecerse en las zonas montañosas colindantes al Valle, por una parte en la región que se conoce como Baeturia céltica y por otra en la serranía de Ronda.

En su publicación sobre las excavaciones del Coto, Bonsor añade algunos comentarios más sobre su pensamiento sobre Tartessos, a la que ya se refiere como cultura tartésica, adoptando este concepto antropológico aplicado a la arqueología, que fue utilizado por Gustav Kossina (1848-1931) desde 1911 y aplicado sistemáticamente por Gordon Childe desde 1925. La cultura tartésica, según Bonsor, queda restringida espacialmente a las poblaciones ribereñas del Bajo Guadalquivir y cronológicamente entre el 800-500 a.c., esto es, en la primera Edad del Hierro. Evidentemente esta cronología estaba fundamentada en lo observado en el registro arqueológico de Los Alcores. Sin embargo, Bonsor añade un dato sumamente extraño a su pensamiento, que era común entre los arqueólogos que se habían ocupado de la cultura tartésica, queriendo ver en esta cultura una raigambre, aunque difusa, griega: *Por estas pruebas, todavía inéditas,*

⁵⁴ BONSOR, 1921:521.

⁵⁵ COSTA, 1891-1895. Sólo se publicó el Tomo I de esta obra, que obtuvo el Premio Fermín Caballero, concedido por la Real Academia de la Historia, en mayo de 1895. La obra se divide en dos partes: a) la servidumbre de los Iberos y b) Litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo VI-V a.c. Estos trabajos fueron publicados previamente en la revista *La Controversia*, 1891-1893, bajo el seudónimo *Mortuus Quidam*.

que se relacionan con esta remota época, se confirma lo que algunos arqueólogos, como Siret, Schulten, Gómez Moreno, Mélida, han supuesto, y creo suponen todavía, que la cultura tartésica llevaba un origen común con la civilización cretense⁵⁶. Esta prueba inédita a la que se refiere y que confirmaría este vínculo, es un pilar estela que había sido hallado en 1900 reutilizado en un túmulo de inhumación de la Cañada de las Cabras (y por lo tanto perteneciente al período más antiguo), que en una de sus caras presenta un signo grabado y pintado de rojo, que figura también en los alfabetos de Creta y Libia⁵⁷.

Por otra parte, Bonsor no presenta una cultura tartésica idealizada, sino, con su acostumbrado criterio objetivo, basada en lo que el registro arqueológico proporcionaba, como por ejemplo al referirse a sus costumbres funerarias:

Otras excavaciones me permiten declarar que los Tartesios practicaban en sus funerales sacrificios humanos, como se sabe hicieron los Celtas, los Cartagineses y los Romanos mismos, al principio. Debe suponerse que las víctimas: hombres, mujeres y niños, fueran sus esclavos. Mataban a los hombres aplastándoles el cráneo con una piedra, a las mujeres les abrían el vientre en canal y a los niños los sangraban encima de la urna cineraria. Tengo bien reconocido que se practicaban estos sacrificios en los pueblos del Valle del Guadalquivir, en la primera Edad del Hierro, en tiempo de las invasiones céltica y cartaginesa, según observé en mis excavaciones de la Cruz del Negro y del Acebuchal, de Carmona, las de Paris y Engel, en Osuna y en Almedinilla⁵⁸.

Una cuestión importante en relación a la cultura tartésica y fundamental para ésta era el comercio de los metales, particularmente del estaño, razón principal de la arribada a nuestras costas de los fenicios, cuestión que Bonsor había tratado resolver desde hacia tiempo, como hemos visto, y de la que se ocupará también en estos momentos.

Es, además, precisamente en estos años de investigación sobre Tartessos cuando, como hemos visto en el capítulo 5, los arqueólogos ingleses le reclaman los resultados obtenidos en el archipiélago de las Scilly, también llamadas Sorlingas por los bretones franceses, de sus excavaciones y prospecciones, en las que reunió abundante material de los dólmenes, poblados y otros monumentos megalíticos, tratando de buscar pruebas sobre la presencia de fenicios o tartesios en aquellos parajes, infructuosamente. Bonsor se comprometió con Reginald A. Smith a escribir un artículo exponiendo su opinión sobre los resultados de su exploración en estas islas y sobre la cuestión de las Cassiterides, que pensaba titular: *De l'Espagne aux Isles Scilly; la question des Cassiterides*.

Sin embargo, este artículo no fue enviado nunca a Inglaterra y fue publicado en la revista de la *Sociedad Arqueológica de Washington*, con cuyo director Arthur Stanley Riggs entró en contacto, durante una visita de éste a Andalucía⁵⁹ que tituló *From Tarshish to the isles of tin*⁶⁰. Ofrece su punto de vista en este trabajo sobre sus indagaciones de las posibles fuentes de aprovisionamiento del estaño, que llegaba a Tartessos, donde era embarcado hacia el Oriente. Frente a las teorías expuestas hasta ese momento, como la de Blázquez que las identificó con las islas Oestrimnidas que sitúa en el Cabo de Santa María frente a Faro, Schulten que las sitúa frente a la costa gallega y Siret en Armórica, Morbihan, Bonsor sostiene que las fuentes de aprovisionamiento eran en un primer momento los aluviones naturales de la región y, posteriormente, el metal era traído por vía terrestre, siguiendo las veredas de ganado, procedente de las regiones del centro y Noroeste de la Península, desconocidas para el navegante mediterráneo. En efecto, Bonsor mantiene, de acuerdo con muchos investigadores de su momento, que las Cassitérides eran en realidad, la zona estannífera del Noroeste de la Península, que comprende desde Zamora a Santiago de Compostela, pasando por Braganza, Orense y Pontevedra. Desde esta región era transportado por vía terrestre a Tartessos en el período en que este co-

⁵⁶ BONSOR, 1928a:22.

⁵⁷ BONSOR, 1928a:22.

⁵⁸ BONSOR, 1928a:23.

⁵⁹ Cartas de Arthur Stanley Riggs a Bonsor: Washington, 31-10-1927, Washington, 29-3-1928 y Washington 11-4-1928. MAIER, 1998:295-296 y 300-301, vol. II.

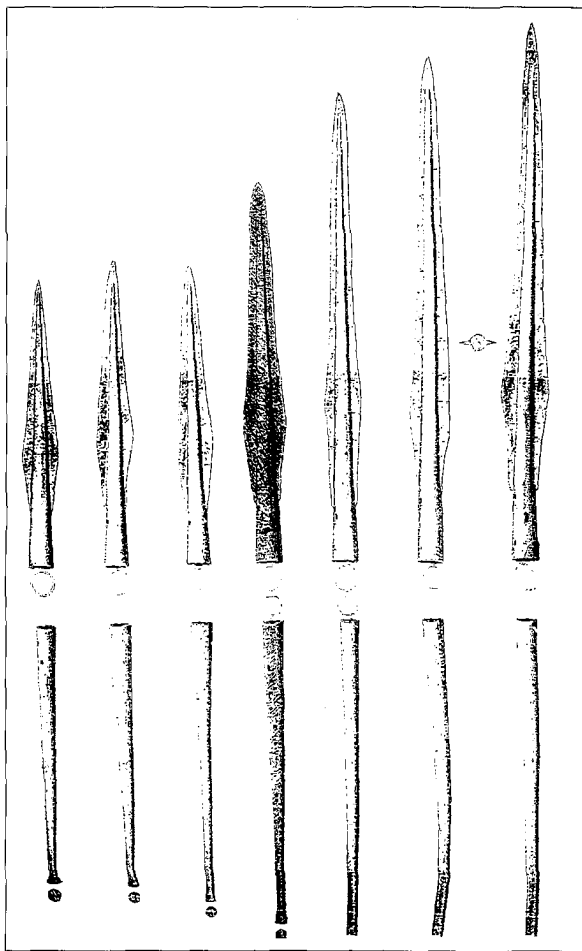


FIGURA 103.—Puntas de lanza y regatones del depósito de la ría de Huelva. Jorge Bonsor, 1924.

mercio y la ciudad estaban en manos de los indígenas, como hemos visto. Sin embargo, a partir de la caída y destrucción de la ciudad a manos de los cartagineses, éstos se lanzaron a la obtención del estaño por vía marítima, tesis que Bonsor apoya por la existencia de varios yacimientos y necrópolis portuguesas en los que se habían recogido materiales cartagineses. Estas rutas comerciales, pues, no tenían relación con la obtención del estaño del Sur de Inglaterra, que seguía otra ruta comercial, que partía de Cornwall y transportado por vía terrestre hasta el Canal de la Mancha, donde era embarcado a Francia para desde aquí atravesar toda la Galia hasta alcanzar la desembocadura del Ródano. Esta era, pues, la ruta griega.

Debemos señalar otros aspectos importantes que se relacionan con la investigación de la cultura tartésica, principalmente varios descubrimientos en los que Bonsor tuvo una relación indirecta pero que no queremos dejar de mencionar. En relación a estos descubrimientos señalaremos en primer lugar el hallazgo del tesoro de la Aliseda⁶¹, producido en Cáceres, sobre el que transmite su opinión a Reginald A. Smith, conservador del British Museum: *En mi opinión estas joyas, no proceden de Gadir, la actual Cádiz, fundada por los cartagineses, sino de la Gadir-Tartessos de Avieno, situada en el delta del gran río (el Guadalquivir) Betis-Tartessos, aproximadamente a mediados del siglo VI a.c.*⁶²

Otro gran descubrimiento fundamental para el estudio y conocimiento de la cultura tartésica, ayer y hoy, fue el hallazgo de un lote de armas, fíbulas etc, al dragar la ría de Huelva, en 1923. Si bien Bonsor no escribió nada sobre este hallazgo, nos consta que pudo estudiarlo directamente, ya que entre sus documentos se encuentran una serie de bellos dibujos de estas armas realizados a la acuarela en pliegos de gran tamaño (fig. n.º 103). El hallazgo fue transmitido por José Albelda, ingeniero y entonces secretario de la Comisión Provincial de Monumentos en Huelva, y correspondiente de la Academia de la Historia, quien lo notificó a ésta encargándose de redactar el informe Manuel Gómez Moreno⁶³. Albelda publicó el hallazgo en la *Revue Archeologique*⁶⁴. El conjunto del lote se ubicó cronológicamente en el Bronce Final.

La búsqueda de la ciudad de Tartessos en el Coto de Doñana, fue decisiva para que Bonsor comenzase a interesarse por los hallazgos arqueológicos en la provincia de Huelva, que hasta este momento no había sido muy tenida en cuenta por el arqueólogo anglofrancés, como por ejemplo hemos visto en el espectacular hallazgo de la ría de Huelva. Así Bonsor observó la existencia de túmulos en el conquero onubense y participó activamente en los descubrimientos de Niebla, cuyo material clasificó, para la *Escuela Angloespañola de Arqueología*, fundada y promovida por Elena Wishaw, y de la cual era miembro.

⁶⁰ BONSOR, 1928b.

⁶¹ MÉLIDA, 1921.

⁶² Carta de Bonsor a Reginald A. Smith, 25-6-1922. MAIER, 1998:275-276, vol. II.

⁶³ GÓMEZ MORENO, 1923.

⁶⁴ ALBELDA, 1923.